

Diez y ocho siglos han transcurrido desde la aparición del cristianismo: esta religion santa se ha encontrado en medio de pueblos de diferentes leyes, usos y costumbres, de diverso grado de civilización y cultura, desde la infancia hasta la decrepitud, y sin embargo ha sido suficiente para todas las necesidades, ha podido hacer adelantar á los atrasados, y detener al borde del precipicio á los que se hallaban en él, y esto sin abandonar sus dogmas, sin apartarse de su moral, sin renunciar las prácticas y ceremonias de su culto; ha sabido acomodarse á la variedad de circunstancias, sin que en ninguna de ellas haya dado pruebas de impotencia ó imprevision. ¿Por qué hemos de creer, pues, que no será capaz de hacer lo mismo ahora, cuando el progreso de las artes y de las ciencias ha modificado profundamente las sociedades modernas, creando necesidades que anteriormente no ecsistieran? Una religion que es toda luz, toda verdad, toda amor, ¿cómo sería incompatible con ningun adelantamiento y perfeccion del estado social? ¿puédese, por ventura, imaginar algo superior á su enseñanza, con respecto á Dios y al hombre? El origen y destino del humano linage, ¿puede escogitarse mas alto de lo que nos le presentan los dogmas del cristianismo? Tocante á la moral, ¿cabe encontrar nada mas puro, mas sencillo y sublime que el compendiar toda la ley y los profetas en el amor de Dios y del prójimo?



ALGUNAS REFLESIONES

sobre la vida y la influencia

DE LOS PÁRROCOS RURALES.

La vida del párroco rural, ofrece los mas singulares contrastes, segun el modo con que se la considere; vida que se presta á lo prosaico y á lo poético, á lo vulgar y á lo sublime, á lo ingrato y á lo bello; vida á propósito para embotar las facultades del alma, ó desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce á pasar los dias en medio de la inaccion y del tedio, ó á emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazon el seco egoismo, ó inspirarle las virtudes mas puras y de mayor desprendimiento; vida, en una palabra, que puede hacer del sacerdote un personaje inútil para todo, excepto las funciones del sagrado ministerio, ó un ángel tutelar de sus feligreses, no solo en lo tocante á la salvacion de las almas, sino tambien en lo relativo á la paz doméstica y á la prosperidad de las familias.

Fácil es convencerse de la escatitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atención en la posicion singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin mas sociedad que las personas de su servicio, pasa el dia entero sin mas bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola, y los ladridos del perro. De vez en cuando, el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del medio dia, ó la retirada de la noche. Si dejando por algunos instantes su habitacion,

sale á espaciarse por los alrededores, no encuentra otra sociedad que la de los rústicos aldeanos, ocupados en sus duras faenas; y éstos dispersos acá y acullá, unos cavando la tierra, otros recogiendo los frutos, y todos sin interrumpirse en sus tareas mas que el momento necesario para saludar al párroco ó contestarle á las preguntas que les dirige. En medio de las arboledas dispuestas sin orden ni concierto en las llanuras, colinas y montañas, oye el murmullo de la fuente cercana, el ruido de los vientos que azotan las selvas, y el estrépito de la cascada que se despeña de encumbrado risco. Ora es llamado para bautizar un niño y presenciar la alegría de una familia alborozada; ora se le ruega con urgencia que acuda presuroso á administrar los santos sacramentos al moribundo: hoy bendice á dos jóvenes esposos, orando al cielo para que derrame sobre ellos los raudales de su gracia, haciéndolos primero felices en la tierra, y conduciéndolos despues á la morada de la gloria; y mañana se encontrará tal vez al lado de uno de los cónyuges para consolarle de la pérdida del otro, arrebatao por muerte temprana; ahora está espermentando las mas gratas impresiones gozándose en contemplar la cándida inocencia de un niño á quien enseña los rudimentos de la doctrina cristiana, y dentro breves instantes se afligirá su ánimo con la narracion de un horrendo crimen cometido en el término de su parroquia; ahora se complace en exhortar un alma virtuosa para que adelante mas y mas en el camino de la perfeccion á que Dios la ha llamado, y luego se verá precisado á reprimir con severidad al adúltero que escandaliza á toda la comarca, al jugador que disipa los bienes de sus hijos, al usurero que chupa la sangre del pobre.

¡Qué contrastes mas singulares! ¡qué variedad de impresiones, á cual mas á propósito para conmover y sacudir el espíritu! Suponed que el párroco, no penetrándose lo suficiente de la altura de su mision, ejerce los actos de su ministerio con frialdad, con indiferencia, á manera de rutina; suponed que aquella vida solitaria de que disfruta no la aprovecha para nada, y que pasa los dias en la inaccion y en el ocio; suponed que despues de haber cumplido con los deberes de que le es imposible prescindir, ya no piensa mas en sus feligreses, no se interesa con celo por el bien espiritual de ellos, y olvida totalmente que pueda contribuir en algo á su felicidad temporal; suponed que seguro ya de su subsistencia, considerándose en el término de la carrera, y no sintiéndose estimulado por la esperanza de mejorar de suerte, se ocupa muy poco de los libros, se contenta con revolver de vez en cuando algún compendio de moral, en ofreciéndose un caso nuevo y difícil; suponed que ni lee la Sagrada Escri-

tura, ni la historia eclesiástica, ni se dedica á ningun ramo de conocimientos, y va perdiendo por grados lo que habia aprendido en las escuelas; en tal caso sus potencias se embotan, su corazon se enfria y endurece, sus afecciones ó desaparecen del todo, ó se limitan á determinados objetos: la religion no se le presenta en su gran poder y hermosura, en su inmensa fecundidad para producir bienes de todos géneros, sino como un conjunto de deberes penosos que está obligado á soportar por razon de su estado, y que no podría abandonar sin perder al propio tiempo los medios de subsistencia; entonces los lazos que le unen con los fieles, son únicamente los que dependen por necesidad de las funciones del sagrado ministerio; mas por su parte nada les ofrece que pueda inspirarles agradecimiento, veneracion y amor. A este párroco tal vez no se le podrá achacar que falte á los deberes de su ministerio; pero es bien cierto que se halla muy distante de alcanzar en toda su plenitud el objeto de su mision; es una persona pública debidamente autorizada para ejercer sus funciones; mas esta persona, considerada en particular, ya haciendo abstraccion de su sagrado carácter, no es como debiera ser, la luz de los ignorantes, el consuelo de los afligidos, el socorro de las necesidades, el protector de los desvalidos, el mediador en todas las discordias, el promovedor de la felicidad de sus súbditos, el padre, el maestro de cuantos están encomendados á su solicitud.

Con esa figura que acabamos de trazar, que nada tiene de bello, y atractivo, y que solo es respetable por su austero carácter, y por las elevadas funciones que ejerce, contrasta agradablemente la figura de un párroco que no solo conozca y cumpla con los deberes de que no puede escimirse, sino que penetrado de la altura de su destino, comprendiendo á fondo las ventajas de su estado, sabe aprovechar los abundantes medios con que él le brinda para ilustrar su entendimiento, purificar su voluntad, ennoblecir su corazon, llenando perfectamente los deberes de su cargo, y no olvidando que á mas de los que pueden apellidarse rigurosos é imprescindibles, hay otros que si no son tan sagrados, no dejan de ocupar un lugar distinguido; y ademas, procura portarse de tal suerte, que haciendo á sus fieles el bien en abundancia, se concilie su gratitud, les inspire un afecto filial, y recave de ellos no solo aquel respeto que se merece por el carácter de que está revestido, sino tambien aquella afectuosa veneracion que acompaña siempre á los hombres de virtud sublime, que consagran celosamente su vida en beneficio de sus semejantes.

Así la Iglesia como el Estado, tienen el mayor interés en que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su mision. Por

lo tocante á la primera, no hay dificultad en ello, pues que nunca pueden serle indiferentes la santidad de sus ministros, la conservacion de la fé, la pureza de las costumbres y la salvacion de las almas. Y si la vida del párroco no es ejemplar, si no es digno modelo á los ojos de los fieles, si no se porta con ellos con el amor y la solicitud paternales que nacen de un corazon inflamado de la caridad, podrá el hombre enemigo sembrar la zizaña, haciendo notar los defectos de aquel que debe edificar á los demas, le será mas fácil relajar las costumbres, hacer que vacile la fé de los pueblos, y echar á perder las almas que Jesucristo redimió con su sangre.

En cuanto al Estado, no cabe duda que no se ha comprendido bastante la importancia de los párrocos, y que se ha descuidado con esto un medio de civilizacion tanto mas sólida, mas pura y saludable, cuanto se hubiera hallado intimamente enlazado con la religion cristiana. Los párrocos son un excelente vehiculo para hacer el bien á los pueblos: no hay mejora que ellos no pudiesen introducir, no hay adelanto á que no pudiesen contribuir, no hay daño que no pudiesen remediar, no hay abuso que no pudiesen contrariar. Mas para esto sería preciso que el gobierno, poniéndose de acuerdo con la Iglesia, procurase que los párrocos abundasen de los conocimientos y medios necesarios para lograr el objeto; mientras se dejen los seminarios sin dotacion para la ensenanza, mientras se descuide el proveer de la debida subsistencia á los laboriosos operarios que *sustentan el peso del dia y del calor*, mientras se permita que el pastor se vea precisado á mendigar de sus ovejas el preciso sustento, no será dable pensar en las mejoras importantes que podrían hacerse, y que conducirían sobremanera al desarrollo de la prosperidad pública.

Pasando por alto otras muchas indicaciones, nos contentaremos con las siguientes. Generalmente hablando, todo lo relativo á la cultura de las tierras y cria de los ganados, se halla en España enteramente estacionario, sin participar de los muchos adelantos que se han hecho en otros paises, y particularmente en Alemania é Inglaterra. No estando generalizado entre nosotros el leer y escribir, hallándose muchas parroquias rurales donde los que poseen este arte son en número muy reducido, y de suyo poco aficionados á ejercitarle, carecemos de los medios de propagacion tan comunes en otras partes, donde por conducto de los periódicos destinados á objetos particulares, se difunden hasta las últimas clases del pueblo, los conocimientos é invenciones concernientes á cada ramo. ¿Qué recurso queda, pues, para hacer llegar hasta los mas oscuros rincones de la Peninsula, noticias preciosas que quizás podrían producir

resultados muy ventajosos? ¿Os valdreis del alcalde, que se muda con tanta frecuencia, que quizás es un pequeño tirano para los que no participan de sus opiniones políticas, que estará tal vez desacreditado hasta tal punto que una cosa será rechazada solo por salir de su boca? ¿Os dirigireis al propietario mas distinguido, que muchas veces no se sabe cuál es, que á menudo no reside en el pais sino breves temporadas, que quizás adolece de los mismos inconvenientes que hemos notado en el alcalde? Hay un hombre en cada parroquia que no sale de ella ni de dia ni de noche, que no tiene en ella relaciones de parentesco, que está escento y aun inhibido de tomar parte en el gobierno civil, que por su carácter es superior á cuantos viven en ella, que por su posicion es independiente de los bandos que se formen, que no muere nunca, porque en falleciendo el individuo, hay otro al instante que le reemplaza en todas sus funciones y facultades; una persona, en una palabra, de quien no necesitáis saber el nombre y apellido, porque se llama hoy como se llamaba ayer, como se llamaba en el siglo pasado, como se llamará en el venidero: esta persona es el *Cura párroco*; á esta persona podeis remitir lo que sea conveniente, seguros de que llegará á su término, y por su conducto será comunicado á los que en ello se interesen. En vez de perturbar á los pueblos con eternas circulares, con alocuciones, con proclamas, con manifiestos, con toda clase de papeles atestados de pasiones y de miserias, envid á todos los párrocos de tiempo en tiempo, una breve reseña de las mejoras que se hayan hecho en todos los ramos de agricultura, de selvicultura, cria de ganados y demas que pueda contribuir á la prosperidad del pais; encargadles que por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulacion de aquellas noticias, mayormente las que pueden tener aplicacion mas inmediata á la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendreis abiertas en todo el ámbito del reino.

Nos lamentamos á cada paso de que nos falta una buena estadística, y de que nos es casi imposible formarla; conocemos con muy poca exactitud el número á que se eleva la poblacion, ignoramos cuál es la masa total de la riqueza del pais; sabiendo todavia mucho menos si atendemos á sus diferentes clasificaciones, y nos proponemos señalar lo que á cada cual de ellas corresponde. El gobierno está imposibilitado de formar dicha estadística, ya por falta de buenos dependientes, ya porque los pueblos no tendrían confianza en los examinadores de oficio, y les ocultarian los datos mas preciosos. ¿Quién puede llevar á cabo esta difícil empresa? Dando algunos años de tiempo, y suponiendo establecido un gobierno

que merezca la confianza del clero, nadie mejor que los párrocos; puede lograr tan importante y árduo objeto. El número de los moradores, lo saben éstos á punto fijo en muchas partes, á poca diferencia en todas; la distribución en las diferentes edades, sexos y condiciones, les es muy fácil saberla, con solo fijar la atención sobre el particular; los productos del país los conocen perfectamente, ya porque viven de ellos, ya tambien porque están en continuo contacto con hombres cuya conversacion versa incesantemente sobre esta materia; la renta total de las posesiones y sus diferentes precedencias, no se les ocultan tampoco por las mismas razones que acabamos de indicar; y en la parte que pudiese caberles duda, lesa sería muy fácil disiparla con algun tiempo de observacion y de curiosidad en preguntar; por manera, que todo cuanto se necesita para formar una estadística completa, se podria adquirir fácilmente, si los párrocos contribuyesen á proporcionar estas noticias.

No se crea que para el logro de este objeto mirásemos convenientemente una circular en que así se previniera; porque desde el momento que los párrocos quedasen constituidos de real orden agentes del gobierno, lucharian con los inconvenientes que los demas, y se verian precisados á contemporizar con las preocupaciones de los pueblos, ó plegarse á sus escigencias. Por lo mismo hemos indicado ya, que serian menester algunos años, que sería indispensable que quien trabajase en esta grande obra, fuese un gobierno que mereciese la confianza del clero y del pueblo. Siendo así y marchando al objeto despacio y por grados, empleando medidas indirectas y á cierta distancia unas de otras, no dudamos que al fin se llegaria á obtener el resultado apetecido.

Los límites de este artículo no nos permiten estendernos mas sobre las muchas ventajas que podria acarrear al Estado la cooperacion de los párrocos; y nos hemos ceñido á indicar dos puntos de los cuales el uno afecta directa é inmediatamente la prosperidad pública, y el otro el sistema de administracion.

Fácil sería hacer otras aplicaciones; pero en estas materias, basta llamar la atención sobre un ramo, para que desde luego se ocurra la estension á los otros. Deseamos tanto mas que la civilizacion se propague por conducto de los párrocos, cuanto que así se evitaria en lo posible, que con los adelantos de las naciones extranjeras no se nos importasen la incredulidad y la corrupcion.



INSTRUCCION PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instruccion primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religion y la moral, resultarán los hombres mas instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condicion modesta, conservan en el resto de sus dias lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces, otra cosa que las lecciones de la esperiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer, el que los maestros sean á propósito para desempeñar su mision. Quien no haya examinado las cosas de cerca, fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religion y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cualquiera, y que basta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la esperiencia está mostrando todos los dias, que lejos de ser así, se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca, no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar á un niño, escige mas laboriosidad, mas tino y discrecion del que comunmente poseen los destinados á esta carrera. No acudiendo á escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar á los demas, proceden frecuentemente á

la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece mas bien, ó que mejor se adapta á sus ideas y carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunion de niños, donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace menos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese mas que un niño de que ocuparse, fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos tal vez hasta centenares, á cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los mas aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible y dócil, como los tercos y obstinados; así los de atencion y laboriosidad, como los distraídos y perezosos?

En nuestro juicio, una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instruccion primera, es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que segun como se proceda con respecto á ellas, los resultados serán muy provechosos ó muy estériles, muy buenos ó muy malos. Estas calidades son: primera, facilidad de recibir toda clase de impresiones; segunda, dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo. El niño puede compararse á una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda, donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado compararse con un frasco de cuello muy angosto, que si se le quiere llenar de una vez, el licor se derrama y apenas entran en él algunas gotas, cuando al contrario, si se hubiese andado despacio en la operacion, se hubiera podido llenar del todo, sin perder el licor que á él se destinaba.

Estas dos calidades, si las tuvieran presentes continuamente los maestros, podrian adelantar mucho mas en la enseñanza, y producir mejores efectos en el corazon de los niños. La facilidad con que éstos reciben toda clase de impresiones, hace ante todo indispensable el mas escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes á la religion y á la moral. La experiencia de cada dia nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos fuera dable seguir el hilo de muchas vidas, encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio ó de la virtud, del crimen ó del heroísmo, y cuyo primer eslabon arranca de los ejemplos que se ofrecieron á sus ojos, ó de las palabras que oyeron en la escuela ó en el hogar doméstico. *Quo semel est*

imbuta recens servabit odorem testa diu, habia dicho el poeta, y esta imagen que espresa una verdad importante, debiera recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso ó corrompido, para que no conserve mientras exista, el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educacion, no solo profesasen principios religiosos y morales, sino que tambien los pusiesen en práctica, es decir, que seria menester buscar para estos destinos hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presencien repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazon á las creencias religiosas, podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideracion á los demas, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad, no se aparten de la fé que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficcion continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan ó obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que ademas, tiene una fuerte inclinacion á referir todo lo que oye y á imitar lo que ve, considera como de poca importancia, lo que ha llegado á notar que es reputado como de escaso valer, por aquellos á quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una espresion, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana ó la práctica de algun acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno, que despues se convertirá en duda ó en desenvuelta impiedad. En vano procurará estar sobre sí, quien ha de aparentar continuamente fé que no tiene, y veneracion y acatamiento á objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia, afectará tal vez un celo y entusiasmo que está muy lejos de experimentar; en la misma escageracion de sus palabras y acciones, dará que sospechar á los alumnos dotados de alguna penetracion; si esto no acontece, vendrá un momento de descuido, que se hará notar tanto mas, cuanto será mas vivo el contraste.

Por estas razones seria de desear que la primera educacion no estuviese únicamente á cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interés, si bien es muy

sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo comunicar actividad y hasta apariencias de celo, no obstante, es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, y difícilmente se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado, si esto exige sacrificios algo penosos. Y estos sacrificios los exigen ciertamente las tareas de la primera educación, pues no cabe oficio más molesto y que demande más asiduidad y paciencia, á no ser el cuidado de los enfermos. En Francia, y otros países se ha conocido esta verdad, y así es que se protegen y fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educación é instrucción de los niños pobres. La clase menesterosa es la que más necesita este auxilio, porque escaseando de recursos para estimular el interés individual de los maestros, les es preciso enviar á sus hijos á la escuela, sin poderles proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados á la caridad personificada en alguna institución religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficiente para ejercer sobre el corazón aquel influjo constante y eficaz, que es indispensable para someterse á un tenor de vida fatigoso y repugnante; se ha reconocido que la abnegación que para esto se ha menester, no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la religión, que tan decididamente señorea todos los resortes del corazón humano. La instrucción primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas y repugnantes, y por esto vemos que el catolicismo sumamente pródigo para acudir á todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educación é instrucción de los niños de la clase pobre.

En el estado actual de la sociedad, es tanto más indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros, que con la correspondiente idoneidad reúnan las creencias religiosas y una conducta moral y ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupción de costumbres, tal la disipación que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que es sumamente peligroso que quien está encargado de ilustrar el entendimiento y formar el corazón de la infancia, emprenda quizás muchas veces esta angusta tarea, después de haber hecho alarde de incredulidad y escepticismo, y de haberse entregado á los excesos de una vida relajada. Semejante daño no se experimenta si el individuo pertenece á un instituto religioso; porque sometido á una

regla invariable, sujeto á la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando á ello no le impulse el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su más tierna edad, á considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la religión, aprende á un mismo tiempo lo que le interesa saber según la carrera á que se destina, y se va ejercitando en las santas prácticas, que después le quedan como otros tantos hábitos, de los cuales, ó no se desprende nunca, ó no se olvida de tal suerte que le sea difícil volver á ellos cuando ha pasado el hervor de la inexperta mocedad.

La otra calidad de los niños, á saber, la dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Generalmente hablando, parecemos que se cultiva demasiado la memoria de los niños, y se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra á decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio ó el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba á la lección que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia, y se la deja ociosa y atontada.

¡Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un extremo á otro, y no obstante, son incapaces de explicar con acierto el sentido de una sola línea! En prueba de esto, desvíalos de las preguntas del orden en que las han encontrado en el libro, servios de otras palabras, precisándolos de esta suerte á mudar también ellos las suyas, y notareis que á una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada, tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así á entender que recitan por pura rutina, y que se ha llenado de palabras su imaginación, mas no de ideas su entendimiento.

¡Creese, por ventura, que los niños á la edad de ocho ó nueve años no son capaces de formarse ideas claras y exactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez y buen orden correspondientes? ¡Por qué al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo, no se les podría presentar en pocas palabras y en pequeño número de lecciones, la historia de la religión, y obligarlos á referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de texto? No se nos diga que esto es imposible, porque á cada paso oímos á un niño refiriendo historietas pertenecientes ó á él, ó á sus compañeros, ó á su familia, ó á otra conocida, ó al

pueblo en que vive; cada día los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja ó las travесuras de un duende, ¿por qué, pues, no se les podría enseñar á conocer el encadenamiento de la historia de la religion, de suerte, que empezando desde la creacion del mundo, reuniesen en breve cuadro la caída del hombre, el diluvio universal, la vocacion de Abraham, la historia de Moises, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinacion por el desierto, la entrada en la tierra de promision, y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su origen, los medios admirables de que Dios se valia para hacerle conducir á su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocacion del primer patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religion, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenia con la venida del Salvador, cómo se pasó de la ley antigua á la ley nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, y finalmente, todo cuanto se refiere á la debida inteligencia de los dogmas y de la moral de nuestra religion sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria; pero las recita sin saber lo que dice, y por consiguiente no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, seria menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen, como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oido contar ó los ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograria precaver el olvido, que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros y discípulos; lo que se entiende bien, difícilmente se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente sin comprender el sentido, es poco menos que imposible el retenerlo; además, que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras y vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto á la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la religion, puede extenderse á todos los objetos en que se instruya á los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria, debiera extenderse á los principios de buena crianza, á las reglas de aritmética, á las de leer y escribir; en una palabra, á todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse, no olvidando nunca lo que mas arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que experimentan los niños en comprender muchas cosas á un tiempo; fuera preciso tener su-

mo cuidado en presentarles las cosas por partes, y con órden á propósito para auxiliar la inteligencia y la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la exactitud de las ideas, antes al contrario, de esta exactitud son compañeras naturales la sencillez y la claridad. Cuanto mas exacta es la idea que espresa un objeto, cuanto mas exacta es una palabra que espresa una idea, tanto mayor es la claridad de una y otra. La confusion lleva consigo la oscuridad; lo que está mal deslindado, jamas se presenta bien claro.

El entender, no solo las cosas, sino tambien la razon de ellas, se juzga comunmente tarea superior á la comprension de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razon de nada de lo que practican ó aprenden; bien que á decir verdad, esta errada costumbre tambien proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habria, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética, se procurase hacer comprender á los niños con observaciones claras y sencillas, la razon de la regla que practican? Semejante descuido, produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo á oscuras, y hace, además, que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; y no es raro ver muchachos que habian adelantado bastante en ella, y que sin embargo ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeracion sin hacerles notar las razones que esplican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado á practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir, sin explicarles por qué los datos se colocan de esta ó aquella manera, por qué se hacen con ellos estas ó aquellas operaciones. De suerte, que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener exactamente todas las reglas, que es felicidad poco comun, no sabe á dónde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejerció en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega á comprenderse, no solo su práctica, sino tambien la razon de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias que de éstos dimanan son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los axiomas, que una vez se haya fijado la atencion sobre estos objetos, y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones á ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales; y si algu-

na vez se olvidan, basta una ligera reflexion de quien las ha de emplear, para que se renueven desde luego.

Aclararemos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos á cada paso que un niño á quien se propone un problema de sumar ó restar en que los sumandos ó los términos de la sustraccion contengan un número desigual de guarismos, si no se la escribimos en el órden conveniente, se equivoca con mucha facilidad, colocando los guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hay la mayor confusion de ideas, ó mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha, que espresa las unidades, se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que espresa cantidades de un mismo órden. De suerte, que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos y el otro dos, haceis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, y las unidades debajo de las decenas; de manera que los guarismos de ambos formen columna, no á la derecha sino á la izquierda, y le preguntais si de aquel modo estaria bien asentada la regla, ú os responderá afirmativamente, ó al menos si no cae en este error advirtiéndole la simple inspeccion de la figura el trastorno de la colocacion, no acertará á señalar la razon de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por esperiencia la confusion que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicacion y division de los números denominados. No podía uno formarse idea de lo que venia á ser aquello de multiplicar varas, y piés, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aquella combinacion de cantidades tan disparatadas que nada tenían que ver entre sí, dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendia maquinaalmente la regla, se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucederia así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, y del motivo porque se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que á cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida. Con el tiempo, la esperiencia va enseñando la razon de estas reglas, y así es que los que se ejercitan mucho en las mismas, al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groseramente aplicando á un caso la regla que corresponde á otro totalmente diverso. No obstante, no dejan de cometerse graves errores, y ademas, siempre hay el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa

un buen método, es muy fácil que los niños al salir de la escuela, no necesiten esperar mas para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusion no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oír á personas adultas que jamas han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan muy fácilmente, y que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados, ya no saben cómo salir del paso, y que tienen que valerse del auxilio de un amigo.

¿Y es, por ventura, que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: ocupaos en explicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que espresan el numerador y el denominador, asentad los principios en que se funda la variacion que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun á las inteligencias mas medianas, el comprender la razon de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga, no es adelantar mucho de una vez, haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos dias, para que mil veces vuelva sobre ellas, y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo mas en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrian resultados mucho mas sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada á tiempo, produce mejores frutos, no solo porque le queda mas espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino tambien porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorban la razon, y con el crecimiento del cuerpo, permanezca como adormecida y sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad excesiva, y que es menester en la educacion de la niñez recordar aquella máxima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideracion, muy fundada y prudente, en nada se opone al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinaalmente, en que el niño encajonado como una pieza en un gran cuerpo sufre la compresion que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instruccion primaria, al paso que sirvan para comunicar á los

nifos las nociones propias de su edad, sean tambien un semillero de ideas mas aventajadas y de órden superior, no precisamente porque estas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos á desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia mas formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

Pocas materias hay que exijan tan severa vigilancia de parte de las autoridades como la instruccion primaria. Conviene emplear todos los medios á propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de que asegurados en sus destinos, no se entreguen á la indolencia perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideracion social, es tan modesta la gloria que acarrea, y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que á ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad ó de las comisiones que la representan, si no saben que á mas de las visitas ordinarias y de pura solemnidad, puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro y si procura realmente el adelanto de los discípulos, ó si solo trata de cubrir su responsabilidad con el menor trabajo posible. Lo mismo, y con mayor razon, aun se podria decir de México.

En España no faltan leyes, no faltan instituciones para todo: la desgracia está en que aquellas no se observan, y estas se quedan sin obrar, amortiguadas, adormecidas, sin producir ningun resultado hasta que su inutilidad las hace caer en desuso, y el desuso acarrea el olvido. Lástima causa que cuando en otros países se ha llevado tan adelante el importantísimo ramo de la instruccion primaria, haya estado entre nosotros tan descuidada, sea tan reducido el número de las escuelas, y éstas disten mucho de llegar á la perfeccion en que las tienen otras naciones. Y no es que nos falten medios para obtener lo mismo que ellas han obtenido, sino que por efecto de un fatal concurso de circunstancias, y tambien por esa especie de pereza habitual que se ha hecho hereditaria, no hemos cuidado de mejorar los métodos, ni de informarnos siquiera de los adelantos de nuestros vecinos, y sobre todo, no hemos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponiamos para el efecto, si hubiésemos acertado á dar la competente direccion á fondos é ins-

tituciones que podian fecundar el pais haciendo su propio bien y asegurando su conservacion y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hácia un porvenir mas animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que existe, y lo que conviene es esplotarlo en beneficio de la ilustracion, de la moralidad y del bienestar. Si el gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instruccion primaria, y las mejoras de las existentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperacion en el pais, que se va convenciendo cada dia mas de que por una parte conviene salir de la agitacion revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demas naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, tambien deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religion y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros países donde el aumento de la instruccion ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupcion y del crimen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que solo sirve para la perversidad del corazon. Preferimos la candida sencillez hermoseaada con la virtud á la instruccion prostituida al vicio.



inocencia que pueden temer de su propio bien y...

En la actualidad no puede negarse que se ha despreciado en Es...

de que nos pertenece...



de los hechos y hechos de los...

de los hechos y hechos de los...

VERDADERA IDEA DEL VALOR

Ó REFLECSIONES

SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA Y VARIADADES DE LOS PRECIOS.

de los hechos y hechos de los...

Valor: he aquí una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicacion es tanto mas difícil el acierto, cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que á cada paso ofrece el lenguaje, y es, que á pesar de que parezca abandonado al capricho, á la ignorancia, á la inadvertencia, y en fin, á cuanto es á propósito para echarle á perder del todo, ó al menos para quitarle toda presuncion de exactitud; tiene, sin embargo, las mas de las veces un admirable fondo de buen sentido, y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo, cuando se trata de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda mas corriente de la sociedad, á causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linage de objetos, hallase depositado en ellos ese buen sentido, esa razon tan exacta y profunda, como sencilla y escenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sábio y oportuno, como poco apreciado.

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando á punto fijo los lindes de su estension y los objetos y relaciones á que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda oscurecer ó confundir su significado; empezar examinando el sentido mas usual en sus aplicaciones mas

naturales y sencillas, observar luego las demas, y haciéndolo de esta manera, se descubre casi siempre una fina gradacion de significaciones, muy variadas sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificación espontánea.

Difícil es concebir, á no haberlo probado por esperiencia, la claridad, la distincion, la exactitud que de este exámen reciben las ideas; pues el exámen y análisis de las palabras, es al mismo tiempo un exámen y análisis de las ideas. Hállase por lo comun en las palabras muy generales la expresion de alguna idea matriz donde van á tomar su origen todas las otras; y cuestiones hay en que determinada esta con toda precision, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demas: sintiendo entonces el entendimiento toda la estension y fuerza de aquel principio: *sigillum veri simplex; la sencillez es el carácter de la verdad.*

A no seguir este camino, apenas es posible entrar jamas en un conocimiento profundo de las cosas: y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo comun las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis, una falsa limpieza de lenguaje, son bastantes á dar por el suelo con nuestro espíritu de despreocupacion y de independencia, y adoptamos ciegamente la falsa explicacion de una idea, sobre la cual se cimienta no pocas veces todo un sistema científico; si el uso comun contraria nuestra acepcion, le rechazamos como infundado y poco razonable; y cuando notamos que á pesar de nuestra filosofia va siguiendo el mundo su ordinario curso sin alterar su lenguaje, nos quejamos de la rutina, de la preocupacion de que á nuestro vez están plagados todos los demas hombres.

Errado el principal punto de vista, es imposible que todo cuanto tiene relacion con él, no se nos presente alterado, desfigurado y confundido; y como por lo comun nos cuesta tanto trabajo el desprendernos de nuestras concepciones, mayormente si hemos llegado á persuadirnos de que hay en ellas algo de nuevo é importante; doblegamos el principio sentadó hasta que se ajuste á todas las proposiciones secundarias, y á cuantas aplicaciones queremos escogitar.

Prévias estas consideraciones, entremos en la explicacion de la palabra que forma el objeto del presente discurso.

El valor de una cosa es susceptible de aumento ó disminucion, es comparable con el de otras, y este aumento ó disminucion de los valores, y la relacion que se conoce por medio de la comparacion, son cosas que pueden estimarse mas ó menos aprocsimadamente;

pues que tal estimacion la hacemos á cada paso en todos nuestros planes y proyectos, en todos nuestros contratos, y puede decirse que casi en todas nuestras acciones. Para formar juicio apreciativo de un objeto, necesitamos siempre escoger un punto de comparacion; sin él es imposible que podamos establecer nada con respecto á una cosa. Es esto tan indispensable como poco advertido; y para hacerlo conocer y sentir, observaremos que este punto de comparacion le llevamos de continuo con nosotros mismos en todos los juicios que formamos, variando estos y las palabras que los expresan, en variando el punto de comparacion á que se refieren. Algunos ejemplos harán palpables el sentido y verdad de estas reflexiones.

Para darnos á entender mejor, asentaremos antes dos proposiciones que parecen paradoja, y son las siguientes: *Nada hay grande sino lo infinito. nada hay pequeño sino la nada; todo es grande excepto la nada, todo es pequeño excepto lo infinito.* No trato de apelar á sutilezas, y sí únicamente al sentido comun, al lenguaje mas usual, mas vulgar. Un enorme peñasco es muy grande; ¿y cuándo? y ¿cómo? Cuando se le comparan las piedras que hay en torno de él; pero considerada la estensa cordillera de montañas en que se halla engastado, el peñasco se convierte en una cosa pequeña; y si calculais la longitud, la elevacion ó la masa de las montañas, no reparareis siquiera en él, lo despreciareis como cantidad insignificante. Si se calcula la mole de la tierra, entonces las inmensas cordilleras se convierten en un átomo; á su vez queda el globo reducido á una cantidad muy pequeña si se compara con el espacio encerrado en el sistema planetario; y el mismo sistema planetario no es mas que un punto si se considera la inmensidad del universo. Un reducido estanque de agua es nada en parangon con el océano; y es muy grande si se toma por punto de comparacion una pequeñísima gota de fluido; esta gota de fluido es un mar de grande estension para los insectos que solo se descubren con el auxilio del finísimo microscopio, y estos imperceptibles insectos tienen una grande mole si se comparan con las pequeñísimas partes que entran en la formacion de sus miembros. Este ejemplo, bastante por sí solo á sugerir muchos otros, prueba hasta la evidencia la necesidad que tenemos de un punto de comparacion para formar juicio de un objeto en que se aprecie la cantidad; y he aquí por qué siempre que queremos fijar las ideas, andamos en busca de una medida.

¿Y cuál podremos escoger para apreciar el valor de las cosas? Antes es necesario saber qué es valor. Destutt-Traci ha dicho que

la medida del valor de las cosas era el trabajo que costaba, y como el trabajo debía tambien tener su valor, ha añadido que el trabajo tiene dos valores: uno natural y necesario, y de consiguiente fijo en cuanto lo consiente la naturaleza de la cosa, otro convencional, eventual y variable. Para esplicar en qué consiste el primero, observa que todo ser animado empleado en el trabajo, durante este, tiene que satisfacer algunas necesidades; si ellas no se satisfacen, el trabajo cesará; de consiguiente su trabajo representa la suma de los medios necesarios para satisfacerla; y esta suma es la medida natural y necesaria del valor del trabajo. El segundo valor es la utilidad que produce el trabajo. Estas ideas que se presentan tan claras, tan limpias y analíticas, parece que nada dejan que desear; así es mirando solo la corteza de los objetos; pero profundizando mas sobre el particular, se verá hasta la evidencia que Destutt-Traci se equivocó completamente. No quiero decir que no haya en sus ideas algo digno de notarse, y que no columbrara por lo menos el buen camino, pero no pasó de aquí; y así es que tomando un sendero errado, confundió verdades preciosas con errores y hasta con absurdos.

Observando el significado usual, y aun el etimológico de la palabra *valor*, notaremos que en ella y en todas cuantas ó proceden de la misma ó dimanar de comun raiz, se halla siempre envuelta con esta ó aquella forma, la idea de provecho, utilidad, aptitud, poder para alguna cosa. Escámínese su significacion en el origen latino, y considérese luego el mismo en nuestra lengua. "Eso vale, eso no vale, no vale para nada, mas me vale, valimiento, válido, inválido, hombre de valer, valiente, valeroso," he aquí la misma raiz estendida á cosas de órdenes bien diferentes, y siempre encerrada en ella la idea de utilidad, provecho, aptitud, poder para alguna cosa; es decir, relacion de un medio á un fin, enlace de este con aquel.

Esta idea se presenta por de pronto vaga, tal vez confusa, y sin embargo es preciosa, llena de luz; es tosea, solo falta desbastarla. El análisis en que voy á entrar me conducirá á la proposicion siguiente:

El valor de una cosa es su utilidad. Entiendo aquí por utilidad la aptitud de la cosa para satisfacer nuestras necesidades; y en la palabra necesidades encierro las naturales, las facticias, las verdaderas, las aparentes, las grandes, las pequeñas, comprendiendo por consiguiente entre ellas, las comodidades, gustos, placeres, caprichos, &c.

Para poner la cuestion en el terreno mas sencillo, pregunto: ¿cómo apreciamos el valor de los alimentos? ¿qué cosas entran en con-

sideracion para determinar nuestro juicio? La sanidad, el sabor, el olor, su vista, todo en relacion con nuestra utilidad. Dos individuos han de hacer un cambio de ellos; ¿qué mirarán? La salud, la edad, el gusto, el capricho y otras cosas semejantes. Se ha de juzgar cuál de dos comidas se aventaja á otra; ¿á qué se atenderá? ¿á lo que acabo de decir ó á lo que cuesta? Si el que ha cuidado de aparejarla hubiese desempeñado mal su tarea, espendiendo una suma considerable, grandes fatigas y trabajos, y la comida no fuese tan útil como otra menos costosa, ¿podria pretender la preferencia del valor de la suya, alegando sus trabajos y dispendios? Y sin embargo, según Destutt-Traci el valor natural y necesario de la comida sería el trabajo que cuesta; idea falsa, absurda, rechazada por el buen sentido, y que sacada del terreno científico y arrojada en medio de alegres convidados, no podria menos de sufrir satírico gracejo.

Fácil sería aplicar las mismas consideraciones á los vestidos y á cuanto está sujeto á evaluacion; pero cualquiera alcanzará la estension de que es susceptible la aplicacion de estas ideas. En este punto el error fundamental está en confundir el *coste* con el *valor*; palabras que significan ideas muy diferentes; ideas que á veces andan en proporcion, á veces en suma discrepancia; ideas que en la complicacion de las relaciones sociales, tienen á menudo cierta delicada dependencia, la cual puede traer consigo gran confusion, y dar lugar á equivocaciones capitales; y seguramente que por no haber andado bastante curioso ó bastante atinado en deslindarlas el indicado autor, cayó en un error tan notable. Y cuenta que esta es una de las ideas mas fundamentales de la economía política, y será difícil caminar sin tropiezo en no teniendo por guia una clara inteligencia de este punto.

Cuán diferente sea el *coste* del *valor*, y por consiguiente cuán falso el decir que el valor natural y necesario de todas las cosas y del trabajo, sea lo que cuesten, no lo ha de decir la ciencia, sino el lenguaje comun, vulgar, el buen sentido de cualquier hombre, el instinto de un niño.

He aquí una cosa que me *cuesta mucho* y no *vale nada*, dice muy naturalmente cualquiera que haya empleado infructuosamente su trabajo ó dinero; y sin embargo, en habiendo mucho trabajo, debería haber mucho valor *necesario y natural*, si nos atuviéramos á las definiciones del nombrado economista. Imposible parece asentar una proposicion que esté en contradiccion mas manifiesta con las nociones mas sencillas, con el lenguaje mas usual y vulgarizado. Seguiríase de aquí que el trabajo de un hombre que hubiese ideado ó hecho una máquina de que pudiera reportar grandes be-

neficios, tendría igual valor natural y necesario que el trabajo de otro que se hubiera ocupado el mismo tiempo con igual fatiga. Éso son iguales gastos en construir un artefacto de despreciable importancia.

¿Qué es riqueza? Todo lo que es á propósito para satisfacer nuestras necesidades; así lo dice el mismo autor; el mas rico es el que tiene cosas de mas valor, luego la medida del valor depende de la utilidad. Es cierto que un ser animado tiene necesidades, y que éstas se han de satisfacer durante el trabajo; es cierto que los medios necesarios para ello, ó han de ser producto del mismo trabajo, ó se ha de llenar de otra manera el vacío; pero ¿qué tiene que ver esto para constituir el valor de la cosa trabajada ni del trabajo? Digase que es una condicion precisa si ha de durar el trabajo, el satisfacer las necesidades del ser animado que trabaja, si se quiere que continúe el trabajo, y se dirá una verdad clara y sencilla; pero si se pasa á medir el valor de las cosas por la suma de estas necesidades, se dirá una cosa falsísima, y que podria muy bien calificarse se con términos mas duros.

No negaremos que en algunos casos el coste del trabajo contribuya al aumento del valor de la cosa; pero es accidental siempre y nunca depende de aquí el verdadero valor de ella.

Para poner en claro tan complicada materia, recordaremos lo que llevamos ya asentado, á saber: que la medida única del valor de una cosa, es la utilidad que proporciona; y estendiendo y aplicando esta definicion, quedará todo en un punto de vista luminoso.

Si la utilidad es la única medida del valor de una cosa, ¿cómo es que vale mas una piedra preciosa que un pedazo de pan, que un cómodo vestido, tal vez que una saludable y grata vivienda? No es difícil explicarlo; siendo el valor de una cosa su utilidad ó aptitud para satisfacer nuestras necesidades, cuanto mas precisa sea para la satisfaccion de ellas, tanto mas valor tendrá; débese considerar tambien que si el número de estos medios aumenta, se disminuye la necesidad de cualquiera de ellos en particular; porque pudiéndose escoger entre muchos, no es indispensable ninguno. Y he aquí por qué hay una dependencia necesaria, una proporcion entre el aumento y disminucion del valor, y la carestia y abundancia de una cosa. Un pedazo de pan tiene poco valor, pero es porque tiene relacion necesaria con la satisfaccion de nuestras necesidades, porque hay mucha abundancia de pan; pero estrechad el círculo de la abundancia, y crece rápidamente el valor, hasta llegar á un grado cualquiera; fenómeno que se verifica en tiempo de carestia, y que se hace mas palpable en todos géneros entre las calamidades de la guerra en una plaza acosada por muy prolongado asedio. Entónces

podrá valer un pan una onza de oro, diez mil si el hambre llega á su mácsimo, y por qué? porque se aumenta la relacion que tiene aquel pan con la satisfaccion de la primera necesidad; el valor del oro entonces decae rápidamente, y puede llegar á reducirse á la nada; y por qué? porque pasa á ser inútil; porque no sirve, no vale para satisfacer nuestras necesidades; y si algun valor le queda, es por la eventualidad que hay de que pasado el asedio podrá ser útil, podrá valer para el propio objeto.

De todo lo asentado hasta aquí, se deduce que el valor de un objeto consiste en la dependencia que de dicho objeto tiene la satisfaccion de nuestras necesidades; y por consiguiente, cuanto mas *capital* sea esta necesidad, y cuanto mas *urgente*; y ademas, cuanto mas *preciso* sea en particular el objeto para satisfacerla, tanto mas será el valor de él; por manera que podria decirse hablando matemáticamente, que el valor está en razon compuesta de la directa de la importancia, de la necesidad y de su urgencia, y de la inversa de la abundancia de los medios de satisfacerla.

Atendida la naturaleza de las cosas en general y la de la sociedad, es evidente que estos factores, importancia, urgencia y abundancia de medios, estarán sujetos á muchas variaciones; y que ademas, habiendo de apreciarse estos factores en resultado final por el juicio de los hombres, resentiránse por precision del clima, de la estacion, del estado de la sociedad, de las disposiciones particulares, de ciertas clases ó individuos, y de la veleidat, de los caprichos, de las modas, y de mil otras circunstancias imposibles de enumerar en su totalidad, pero muy fáciles de notar para ensartar de ellas si necesario fuere, una larga cadena. Y he aquí lo que sucede puntualmente, porque así debe suceder.

Vamos ahora á ver si es dable poner en igual grado de claridad la relacion que hay entre el coste y el valor. Es innegable que se han de satisfacer las necesidades del ser animado que se emplea en un trabajo; y fácilmente se alcanza que esto ha de influir en el coste. Para deslindar bien las ideas, observará que esta verdad, palpable como es, está, sin embargo, mal presentada; pues se ofrece como un principio general lo que no es mas que la aplicacion á un caso particular. Necesario es mantener al jornalero; pero necesario es tambien mantener al buey que arrastra el arado, al mulo que hace girar una palanca, al caballo que tira de un coche; así como es necesario tambien reparar la parte que se va consumiendo ó menoscabando de una máquina, cubrir, digámoslo así, las necesidades de la máquina. Por manera que si bien se observa, generalizando esta verdad, diremos que para que se pueda trabajar, es me-

menester conservar el instrumento, ó hablando con mas generalidad y exactitud, *para que continúe la produccion del efecto, es menester conservar la causa.* Mirada bajo este aspecto la proposicion, se presenta mas limpia, mas clara y sencilla; crúzase con menos embrazos y consideraciones determinadas, es susceptible de aplicacion mas fácil y estensa, se presta mejor á las observaciones, y haciendo entrar el trabajo del hombre en la linea de las otras causas, simplifica mucho la cuestion y evita errores y equivocaciones.

Pero no basta esto para dar á las ideas toda la claridad de que necesitan y son susceptibles, sino que se ha de observar, ademas, que no es suficiente atender á la conservacion de una causa, sino que es preciso proporcionársela si no se la tiene á la mano, y en muchos casos es preciso hasta producirla. Errariase, por tanto, si no se llevaba en cuenta el coste que esto puede traer consigo; y se prescindiria en la ciencia de consideraciones de que el hombre mas rudo no se olvida en la práctica. Necesitanse animales para el transporte, v. g., y no solo es preciso atender á la conservacion de ellos, sino que es menester cuidar de su reproduccion; de manera, que en último resultado todos los gastos que ha ocasionado la cria, es necesario que de un modo ú otro figuren en el cálculo. Necesitase agua para el movimiento de una máquina, no está inmediata, es necesario conducirla de cierta distancia, esto ocasionará gastos que han de entrar en la cuenta.

Si ha de haber efecto, es necesario que ecsista la causa, que esta se aplique, y ademas que se conserve: he aquí lisa y brevemente expresado lo que hay en la materia: pasemos adelante.

No es menos evidente que quien ha de aprovecharse del efecto, es menester que cuide de la *produccion, aplicacion y conservacion de la causa*, ó que al menos reintegre al que cuida de ello. Y no tratamos de la cosa bajo el aspecto de equidad y justicia, porque, como se ha podido notar, de propósito hemos prescindido de toda clase de consideraciones morales; hablamos de la necesidad entrañada por la misma naturaleza física de las cosas. Porque bien claro es que quien necesita pan y ni quiere cuidar de labrar la tierra, de sembrar, cultivar y recoger el grano, ni moler el trigo, ni amasar la harina, ni cocer el pan; si se empeña, ademas, en no querer satisfacer á otros que por él se tomarian esa pena, se ha de quedar sin comer, y de buen ó mal grado se verá precisado á entrar en razon acosado por el hambre.

Sentadas estas verdades, que de puro sencillas y fundadas en la esperiencia cotidiana, apenas pueden apellidarse teoría, descendámonos á la piedra de toque de la aplicacion; así pertibiremos mas cla-

ramente la fecundidad y verdad de ellas, viendo cómo se hermanan con lo que á cada paso nos ofrece el trato comun de la sociedad.

Necesitase al año para cubrir las necesidades de un pais, una cierta cantidad de tejidos, de esta ó aquella clase. Supongamos, para mayor sencillez, que toda la elaboracion se haya de hacer en el mismo pais. ¿Qué sucederá? Es necesario procurarse las primeras materias, prepararlas, fabricarlas, y ponerlas en estado y lugar en que estén á disposicion del comprador que las necesita. ¿Qué es lo que ha de satisfacer el comprador, para que pueda proporcionarse la porcion de tejido que necesita? Todo cuanto ha costado el ponerle la tela en la mano; y ¿por qué? porque si no se puede atender á todo lo que se necesita para que tenga á la mano la materia primera, la materia primera no se tendrá; si no se puede atender á todo lo que se necesita para la construccion, conservacion y movimiento de las máquinas que sirven á la fabricacion, y al arreglo, conduccion y colocacion de las piezas, las piezas no se hallarán en la tienda ó almacén, y el que necesita el tejido no le encontrará cuando lo busque. Es preciso, pues, que se someta el comprador á pagar la cuota que le corresponde para cubrir todo esto; y desde entonces correrá de su cuenta, en proporcion de su gasto, la cria y manutencion de todos los animales que en ello se emplean, deberá pagar tambien sus arreos, deberá alimentar á los jornaleros y á sus familias, cubriendo al menos sus mas precisas necesidades, deberá tambien contribuir á conservar y engrandecer un poquito ó tal vez mucho, la cómoda vivienda de los fabricantes, deberá mantener en arreglado aseo y comodidad á sus familias, deberá costear el lujo y los caprichos del comerciante que abarca en grande las empresas, y deberá mantener, al menos en modesta decencia, al artista que ha construido las máquinas: no podrá olvidarse tampoco del contingente que le toca para que el sábio que ha suministrado la idea no sufra algun desvanecimiento de puro ayunar, y se vea, por consiguiente, obligado á cesar en su provechosa tarea.

¿Pero todas estas consideraciones no constituyen el valor en su mismo coste? No; y para palparlo, supongamos que se presenta en el mercado una remesa de géneros de igual perfeccion, pero á menor precio, por razon del mayor adelanto de la fabricacion de los nuevos competidores; desde luego los primeros tendrán que acomodarse al precio de los segundos, so pena de no vender nada; y sin embargo, el género les cuesta á ellos lo mismo; pero ni á sus propios ojos tendrá el mismo valor; y dirán naturalmente: esta competencia nos cuesta tanto de pérdida. Y ¿por qué? porque ellos entonces ya no son necesarios, las necesidades se pueden satisfacer de

otra manera menos costosa, y todo el mundo se reiría, si debiendo hacerse una paga en género, pretendiese uno de ellos contarle al antiguo precio, solo porque á él le cuesta lo mismo que antes. Otro ejemplo: hay una grande escasez de tela de tal clase, que tendrá tal calidad, supongamos un excelente y difícil color: hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicación muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? como las otras: ¿cuánto le cuestan? casi nada: luego no hay necesaria conexión entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas: ¿cuánto valen? es claro que tanto y más que las obras de los otros: ¿y cuánto le cuestan á él? nada: un juego, un pasatiempo. Pero se nos dirá: si no le cuestan á él, ya cuestan á los compradores, y aquí está el valor: ¿qué aberración! ¿Por qué lo pagas tan caro, comprador?—Porque es muy bueno y lo vale.—¿Veis cómo el coste es hijo del valor, y cómo existe el valor antes del coste?—¡Oh! no es que lo valga, sino que él exige esto.—Pues ¿por qué lo pagas? ¿por qué no te vas con otro?—Porque no lo hallo tan bueno.—Es decir que si lo tenias ya no lo cambiarías con los otros.

Cierto.—Pues entonces cuando dices mas bueno, quieres decir que ya de suyo vale más; pues que para hacer el cambio pedirias una compensación.



LITERATURA.

OBRA

DE D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUES DE CASA JARA.

En este siglo de escepticismo é indiferencia, en cuyo torbellino perece tan lastimosamente la fé de muchos jóvenes, victimas de la inesperienza y del irreflexivo amor á la novedad que acompañan la primavera de la vida, es sumamente grato y consolador encontrarse con uno, que reuniendo á sus cortos años esclarecidos títulos, pingüe fortuna, entusiasmo por las bellas letras y dilatados viajes, no se haya dejado contaminar por el emponzoñado aliento de la época, y antes bien conserve en sus escritos y en su corazón, las creencias en todo su vigor, la piedad en toda su ternura. Tal nos parece el distinguido escritor D. Juan Manuel de Berriozabal, marqués de Casa Jara, y tal les ha de parecer á cuantos se hayan saboreado en la lectura de sus obras. No se desdena el Sr. de Berriozabal de escribir en prosa, y aun de ocuparse en traducciones que puedan ser útiles á la religion; pero su afición favorita es la poesía: ha nacido poeta, compuso versos desde su niñez, y componiendo versos descenderá al sepulcro. De muy temprana edad habia ya traducido algunas composiciones de Lamartine, que dió despues á luz en 1839, mereciendo su trabajo tanta aceptación, que fué luego reimpresso en Paris, y tambien en otro lugar que no nombraremos, donde se atacó el derecho de propiedad del autor, y lo que quizás